



# Recuerdos de Difusión Cultural

Ernestina Loyo

*Cuando yo trabajaba en los aviones como sobrecargo, Carlos Montemayor me compartió, además de muchas risas y conversaciones, gustos e intereses por la literatura, y muchas otras experiencias que son parte de mi vida. A esta relación debo mi incursión en el medio editorial y mi llegada a Difusión Cultural de la UAM. Van estas líneas para Alejandra y Jimena Montemayor*

AHORA QUE ME HAN INVITADO A RELATAR mi paso por Difusión Cultural me vienen a la mente muchos recuerdos, y como el tiempo hace su labor y modula el pasado, se me escapan datos y seguramente diré algunas imprecisiones. Dicho lo anterior, quisiera recordar a las personas con las que compartí mis experiencias de esos años.

Primero, al maestro Jorge Ruiz Dueñas, quien tuvo la osadía de recomendarme; a él le debo mi entrada en el departamento editorial de Difusión Cultural, bajo la dirección de Evodio Escalante, y no sólo eso, también el haber entrado a formar parte de un grupo que me acogió, me enseñó, me contagió su ímpetu y su dedicación a los proyectos; no pude haber estado en mejor lugar en ese tiempo.

El jefe del departamento editorial era Christopher Domínguez; el jefe de producción era Javier Sicilia, y Hugo Vargas, Alberto Schneider y yo nos encargábamos de las labores editoriales; Natalia Rojas era la jefa de diseño. Este equipo, al que me uní, era sobre todo generoso, sin broncas de egos ni resentimientos: un verdadero regalo de la vida. Mago y Pilar eran las secretarías, Fermín el formador de la revista y Juan Colotla, Filemón, Hugo y Martín se encargaban de la distribución.

Christopher y Javier dirigieron un proyecto al que le imprimieron su sello, y del que los demás participábamos. Una de sus fortalezas era y sigue siendo su mutuo respeto, hacia su trabajo y hacia los demás. Su independencia, además de la confianza de Evodio y de Jorge Ruiz Due-



ñas, les permitió trabajar con gran libertad, lo cual, además, propiciaba un ambiente de camaradería, en muchas ocasiones festivo; a su alrededor congregaron diversas generaciones de escritores, poetas, sociólogos, pintores e ilustradores, algunos muy jóvenes, que publicaron sus primicias en *Casa del tiempo*, donde tenían cabida las más diversas expresiones.

A mí me tocó compartir el cubículo con Hugo Vargas, quien me guió en el oficio de la edición de textos. Creo que desde el primer día se dio cuenta de que yo desconocía por completo el lenguaje de la corrección. Me habían pasado textos marcados para que hiciera lectura de galeras —esto fue antes de que las computadoras y los programas de diseño irrumpieran en la edición—, así que Hugo intentó explicarme lo que significaban los signos: cuadratín, abrir, cerrar, descolgar, sustituir, etc.; luego, en una hoja los dibujó con su significado, y yo la pegué en el pizarrón de corcho para tenerla a la vista. Esos textos iniciales que leí eran los de la primera revista de ese grupo que recién se había incorporado a Difusión Cultural, un número doble monográfico sobre el panorama literario del país. Cada artículo llevaría la foto del autor; para el de Pedro Serrano, alguien consiguió una foto de él en la playa, tomando el sol en la arena y esa fue la que publicamos. Mario Santiago, a quien se le había solicitado una colaboración sobre el infrarrealismo, envió un poema; la cabeza decía algo así como “Todo lo que usted quería saber sobre el infrarrealismo”. Mientras yo trabajaba en la revista, Hugo revisaba un libro de ensayos literarios de una maestra y leía párrafos completos en voz alta para volverlos a ordenar; ahí aprendí sobre el *queísmo*. Meses después, a Hugo le ofrecieron el departamento de publicaciones en la Universidad de Puebla y dejó la UAM. Después llegó Carlos Gaytán, quien era más que nada un lector apasionado, y ocupó el escritorio frente al mío.

Con estos compañeros compartí muchos ratos y experiencias: huelgas, un terremoto, un mundial de fútbol... Más de una vez la comida se prolongó durante horas de sobremesa, de soberrisa, de sobretodo.

La revista era mensual, y su plan de producción bastante apretado para salir a tiempo y lograr que se distribuyera. Christopher y Javier armaban los números; cada cual sugería temas y colaboraciones. A veces

sus concepciones eran coincidentes, otras se evidenciaba cuál texto era de quién; generalmente trabajábamos dos o tres números a la vez. Se publicaron números literarios, de ensayos, de narradores o poetas, y también se rescataban autores olvidados. En un número, por ejemplo, aparecieron poemas de Concha Urquiza con un ensayo de José Vicente Anaya; lo recuerdo, primero, porque yo no sabía nada de esta poeta mística y Javier nos presentó su obra, su vida, sus fotos, y después porque, cuando el número salió publicado, un duende con patas convirtió una palabra monosílaba en otra de dos sílabas en un verso de un soneto.

La revista también incluía un suplemento; en uno de los últimos números, bajo la dirección de Christopher, se publicó uno con poemas inéditos de Gonzalo Rojas, que leí, releí y compartí con el asombro de quien descubre que las palabras están vivas, que contienen un universo propio, vital, y que son ellas las que establecen relaciones amorosas con los poetas, con todo lo que conllevan las relaciones amorosas. Se publicó un número sobre cristianismo que abordaba la teología de la liberación y, en el suplemento, la correspondencia entre el cardenal Ratzinger —hoy Benedicto XVI— y Leonardo Boff. Cuando apareció el número sobre energía nuclear, en el que se cuestionaban el silencio y el descuido en el manejo de desechos radiactivos en el país, la inversión contra los beneficios y el tiempo que tomaría la construcción de Laguna Verde, así como los problemas sociales que el proyecto estaba provocando en la región, hubo una reacción por parte de académicos de la UAM, quienes prepararon un número reivindicatorio que también se publicó, y en el que obviamente nuestros nombres no aparecieron.

Además de *Casa del tiempo*, Difusión Cultural producía tres revistas de las unidades; yo me encargaba de *Economía*, de la que aparecían tres o cuatro números al año, y que dirigieron Juan Castaingts y Etelberto Ortiz. Yo no sabía (y sigo sin saber) nada de teoría económica, pero la revista se ocupaba de los teóricos franceses, de teoría de grafos, monetarismo y muchos temas más.

El primer libro cuya edición cuidé fue *Contra la democracia*, un ensayo de Fernando Pessoa traducido por Juan Andrés Ordóñez, que por cierto salió con errores: no todos los descolgados de los capítulos salie-

ron uniformes y al final se repitió un párrafo. Tampoco supe de qué se trató: vi todas las letras, una detrás de otra, pero por cuidar erratas no me di cuenta de lo que decía. Mi segundo o tercer libro fue *Relatos de una vida sin rumbo*, de Chen Fou, un autor chino del siglo xvii, que Tessa Brisac tradujo del francés, y del que aún conservo algunos pasajes: describía la estética de los jardines y el proceso de los bonsai; relataba la relación con su esposa y su pesar por tomar una concubina, y contaba que la moneda de ese tiempo en chino significaba “discos de plata mexicanos”. Dentro de las limitaciones propias de una editorial universitaria joven, se rescataron obras como *Las Rulfo*, de Ángel de Campo “Micrós”, con ilustración de portada de “El Fisgón”; el *Diario* de Giovanni Papini; *Los raros*, de Rubén Darío; *El mundo mágico*, de Alberto de Martino. Algunos los recuerdo porque me tocó revisarlos, pero la lista es mayor; de los contemporáneos se publicó *La balada del capitán*, de José Luis Rivas, y se hicieron ediciones especiales como la de *Corzas*, en pasta dura y a color, o el volumen conmemorativo de los *Diez años de la Galería Metropolitana*.

No faltaban las erratas, las felices y las no tanto, como la que hicimos en el libro de don Rubén Salazar Mallén, en el que el orden de las tres palabras del título apareció de una manera en la portada y de otra en la portadilla interior: *Reflexiones y objeciones* se volvió *Objeciones y reflexiones*. De don Rubén, maestro querido de Javier, recuerdo una ocasión que nos fuimos a una cantina, y durante la plática me preguntó si había leído *El nombre de la rosa*. Le dije que sí y que me había gustado mucho, a lo que contestó: “Señorita, a usted le gusta leer pendejadas”. Reaccioné de inmediato, pero Christopher me paró: “Tranquila, sólo te está provocando”. Me quedé con ganas de decirle que también a él lo había leído, lo cual no era cierto.

En la Galería Metropolitana se llevaban a cabo conferencias, presentaciones y conciertos. Una tarde en que algunos nos quedamos a trabajar, irrumpió de pronto un estruendo de guitarras eléctricas y batería: se presentaban Rockdrigo y su grupo. Bajamos a oírlos y nos quedamos hasta el final. Aquello estaba lleno a reventar porque había un ciclo de conciertos de grupos de rock. Fue la única vez que lo oí; a la salida vendían su caset, de fabricación casera, con acompañamientos

acústicos, sin la parafernalia electrónica que habíamos escuchado.

Con el relevo de la Rectoría General llegaron nuevos funcionarios a Difusión Cultural: se fueron Evodio y Christopher, llegaron Luis Hernández Palacios y Jaime Turrent en sus lugares, pero Turrent no permaneció mucho tiempo: José María Espinasa lo sustituyó. Para ese entonces *Casa del tiempo* se había vuelto bimestral; el primer número bajo la dirección de Chema fue un monográfico sobre Japón, con fotografías de Paulina Lavista. Creo que el primer libro de la época fue *Quetzalcóatl*, de Agustí Bartra, al que siguieron volúmenes como *El caballo asesinado*, de Francisco Tario, los libros de ensayos de Tomás Segovia y las *Obras completas de T.S. Eliot*, en versión de José Luis Rivas. También se inició el *Periódico de Poesía*, en coedición con la UNAM; nos empapamos de poesía y hacíamos altos en el trabajo para leer con Javier en el área de diseño, que era la más cálida porque entraba el sol. Ahí, con Natalia, leímos a José Carlos Becerra, Saint-John Perse, Paz, Pavese, Quevedo y otros más. Poco después hubo relevos: Javier y Alberto Schneider se fueron, y llegaron María Baranda y Carlos Miranda.

Poco después de que saliera José María Espinasa, también yo dejé la UAM. Además de todo lo que aprendí durante mi estancia en Difusión Cultural, ha sido muy agradable traer al presente vivencias de aquellos tiempos. Gracias por la oportunidad de revivirlas. ■■■

Natalia Rojas en el área de diseño

